

R

URBINA

ANTONIO ELSON

Y

ACERTE AL M

PQ7297

.U7

B3



1020028389



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

BAJO EL SOL  
Y FRENTE AL MAR

Núm. Clas

Núm. Autor

Núm. Adg.

Procedencia

Precio

Fecha

Clasificó

Catalogó

M 68.62

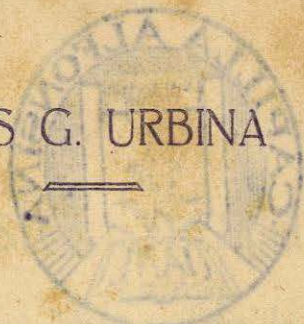
U 732

34499

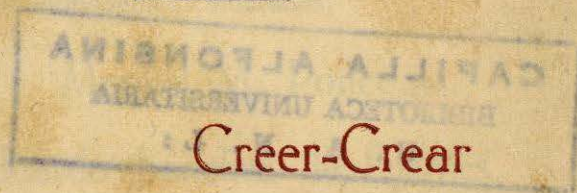
-8-

M. 868.  
H.

LUIS G. URBINA



Bajo el sol  
y frente al mar



Creer-Crear



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Imprenta de M. García y Galo Sáez

Madrid.-Mesaón de Paños, 8.-Año 1916.

100843

34489

PQ 7297

.U7

B3



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

ES PROPIEDAD

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

Al recuerdo de

Justo Sierra,

amigo de José Martí; cantor de Cuba;

gran americano.



A mis inolvidables camaradas:

Manuel M. Ponce,

Eduardo Sánchez de Fuentes,

Leopoldo Kiel.

Prof.

Epigmenio Deleón

INTRODUCCIÓN

PROFESOR

Epigmenio Deleón G.

MOTOZINTLA, CHIS.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1625 MONTERREY, MEXICO

URBINA me pidió que escribiese la Introducción de este libro. Al escucharle, saltóme en la mente una fábula inglesa leída en mis mocedades, y que dejó en mi espíritu la honda huella que marcan siempre las sensaciones recibidas en el período receptivo de la juventud.

He de contárosla, porque me parece hallar en ella algo que pudiera retratar el estado de mi ánimo, al ponerme a escribir este prólogo. Yo, que soy de los que creen que no se mueve una brizna de paja en el mundo sin un objeto ulterior, maravillame ahora ante el hecho de que, al través de los años, haya quedado esta fábula fija en mi flaca memoria, en cuyo acervo encuéntrase casi sola, desvanecido ya el punto de otras lecturas, cual si aguardase esta ocasión para ser utilizada.

Relataba el poeta que, en la melancólica umbría del bosque, una alondra lanzaba al aire sus trinos, y que entre todos los que la escuchaban,



ninguno parecía más entusiasta en su admiración que una pobre oruga, reacia a conformarse con su triste condición, y envidiosa de la voz y de las alas de su compañera de hospedaje.

Un día, la alondra tuvo el capricho de dar un concierto á los pobres que no podían volar, y, notando, entre todo el inmenso concurso que había acudido al reclamo de sus gorjeos, a la oruga, su admiradora, acercóse a ella y le dijo con acento paternal, mientras las demás orugas se hacían guiños significativos, burlándose de la distinción:

—¿Por qué no subes hasta la alta rama, desde donde yo contemplo la vida? Allí, a mi lado, te sentirías capaz de las mayores empresas. Y hasta aprenderías a exponer armónicamente tus cuitas y tus alegrías.

—No sabes tú, buena alondra—respondióle—, cuánto agradezco tu buena intención. Pero ¿cómo he de subir yo, si no tengo alas; cómo he de cantar, si no plugo a Dios concederme voz?

—Atiende: la empresa es fácil. Todo es proponerse. Fíjate con cuánta facilidad lo hago yo.

Y la alondra tendió las alas, voló hasta la copa más alta de todas las del bosque, y volvió hasta la oruga, diciéndola:

—¿Ves con cuánta facilidad se hace? Obsérvame. Ni siquiera me ha agitado el esfuerzo. Escucha...

Y entonó una hermosa aria, para probar a su improvisada amiga que había ido y había vuelto de una manera natural. La oruga no dijo nada: la dulzura del canto de la alondra hizo perder la noción del tesoro más preciado por los individuos de su raza, que es la lógica, y ya casi convencida, dijo al cabo de una breve pausa:

—Pero ¿y qué dirán las demás orugas? Se reirán. Ellas no conciben la ambición de elevarse. La altura no les parece digna de sacrificio. No la creen lógica.

—No te preocupe tal nimiedad—arguyó la alondra—. Lo que digan y piensen las orugas no sube hasta allá. Además, a los que vivimos a alguna altura, nos parece natural que la oruga se ría de los que quieran subir. Tú puedes llegar a mi rama predilecta. Te costará algún trabajo esta primera vez; pero ello quedará compensado por el triunfo que representa la ascensión.

—Pues, decidido. No me importarán las bur-las de los que se rían de mi empeño por subir, y, segura de que sus dardos no tienen bastante fuerza para llegar allá, voy a esforzarme por lle-

gar. Vuela a tu rama y espérame allí. Tardaré algo; pero he de llegar...

Voló la alondra y la oruga emprendió el ascenso. Pero encontraba tantos obstáculos, aun en las primeras etapas de su camino, sufría tanto por hacer lo que nunca había hecho, que varias veces estuvo a punto de abandonar la empresa. Tenía, sin embargo, la firme voluntad de subir. Recordaba las filosofías de una sabia lagartija, la cual no cesaba de predicar que la voluntad lo es todo, y puede reemplazarlo todo, hasta las alas. Al fin alcanzó los primeros brazos del árbol secular, en la cimera del cual vivía la alondra. Miró hacia abajo, y sintióse dominada por el vértigo. Pero al volver los ojos arriba, le acometió el miedo al fracaso. Volvió á recordar la vieja filosofía, y se propuso seguir adelante.

Al cabo de largo tiempo, escaló la rama donde se posaba la alondra. Pero cuando llegó junto a ésta, estaban agotadas sus energías.

—¿Lo ves? ¿Ves cómo se puede, aun sin tener alas, llegar a lo más alto?—dijo la alondra, alborozada por el éxito de su protegida; y prorrumpió en un cántico triunfal que pareció un himno delicado a quien puso la voluntad en el ánimo de los seres.

—Sí, sí—dijo entonces, tristemente, la oruga,

interrumpiendo las manifestaciones jubilosas de su admirada amiga—; pero tengo que confesarte que me siento caer; que falta presión a mis patas para sostenerme tan alto; que respiro con dificultad este aire, tan distinto al mío. Voy a caer; es inevitable la caída; mas cuando caiga no lo deploro, que yo, por haber estado a tu lado un minuto siquiera y haberte probado mi admiración con ello, no necesito más y me doy por satisfecha.

Y al cabo de varios segundos, como lo había temido, resbaló, se desprendió de la rama y se vino abajo estrepitosamente. El golpe que recibió la infeliz al chocar con el suelo hízola quedar como muerta, circunstancia que aprovecharon las demás orugas para lanzarse airadas contra el cuerpo inerte y rematar a la desventurada, siguiendo los consejos de las más sabias de ellas, según los cuales una oruga con ambición y deseos de subir constituye un grave mal para la especie.

Y festejaron con grandes regocijos y holgorios el triste fin de la locura de su compañera, acordando después, entre todas, depositar el cadáver de la loca en un rincón del bosque, bajo un montón de hojas secas, puestas de manera que hicieran entender a quienes por allí pasasen

que pereció, lógicamente, por haber querido estar un momento junto a la alondra.

¿Moraleja? Hay fábulas que no la necesitan. Y ésta es una de ellas. Pero contada ya, sólo me queda por realizar el empeño de subir de la mejor manera hasta donde vive la alondra, teniendo por guía los consejos de la sabia lagartija, y realizando, como Dios me dé a entender, mi labor, que no será tan difícil como el esfuerzo de la oruga, porque, al cabo, el prólogo de un libro, en casos como el presente, no desempeña otra función en él que la de la corteza en las frutas, que es la de resguardar con sus gruesos tejidos la pulpa de todo contacto con el aire y simbolizar el trabajo previo que requiere el disfrute de todo placer.



Creo que es llegada la hora de decir algo de Urbina y de la obra suya atesorada en este libro, el cual está formado por las impresiones de la vida habanera que ha recogido el ilustre poeta, desde el día en que llegó a nuestra tierra en demanda de hospitalidad, cuando las desgracias que se ciernen sobre su tierra hermosa le hicieron armarse con el bordón del peregrino para vivir bajo otros cielos, mientras pasa la tormenta que

sobre ella han desencadenado las pasiones de los hombres.

Confieso que sólo me inspiró curiosidad la noticia de que Urbina se disponía a hacer acotaciones al margen de nuestra existencia, pues aunque había aprendido, desde luengos años, a admirar sus versos y libar en ellos más que la belleza armónica el jugo de las ideas y a sentir el calor de los sentimientos, aun le desconocía la dualidad de su vida literaria, su capacidad para desdoblarse en el prosista exquisito y ameno, en el comentador sagaz que fijase las luces y las sombras que produce, al girar, la rueda polícroma de la vida de un pueblo.

Supúsele—injustamente, no sé si lo he confesado ya—como á todos los que se dedican al arte sublime de la poesía, tan dominado por el culto a la gaya ciencia, que el poeta tuviese la mano al prosista, cada vez que la imaginación de éste, aprovechando la coyuntura de verse en tan absoluta libertad, tratase de correr por los campos de la vida, que están formados por eriales interminables de prosa vil. Y la errónea idea hizome saltar de una en otra sorpresa, porque se me reveló el talento de Urbina en una forma nueva, y pude apreciarlo, unas veces como sutil observador, algunas enseñando sabias lecciones

de sana filosofía, muchas como relator incomparable. Y así, de semana en semana, fuí descubriendo nuevas facetas a su genio, hasta que llegó a ser esa lectura manjar delicioso e indispensable para mi espíritu.

Y, dejándome guiar por su pluma magistral, recorrí con él los jardines de su cultura, y vi magnificarse bajo el conjuro de su prosa las bellezas físicas y morales de mi país; abriéronse ante mí no sospechados horizontes unas veces, al leer las añoranzas de su época feliz, de *su* México; y otras, al ver cómo surgían frente a mi vista las grandes figuras de su tierra de la mía.

Está fresca aún en mi memoria, cual si los renglones se hallasen ante mis ojos, una de esas crónicas, que es, a mi juicio, la más sentida de toda la colección: aquella en la que evocó la figura de Martí, diciendo de su voz que era «de barítono atenorado, una linda voz cálida y emotiva, que parecía salir del corazón, sin pasar por los labios, y así entrar en nuestra alma por un milagro del sentimiento»; que sus palabras «eran finas, nuevas, musicales y armoniosamente dispuestas, como gemas combinadas en el broche deslumbrante de un joyel», y de su tipo que era de «un hombre pálido, nervioso, de cabello obscuro y lacio, de bigote espeso bajo la nariz apo-

línea, de frente muy ancha, ancha como un horizonte, de pequeños y hundidos ojos, muy fulgurantes, de fulgor sideral». Al leer aquella feliz y exacta evocación, sentíme recorrido por el calofrío del recuerdo: noté que algo más hondo que la lectura me preocupaba, y que la visión plástica de las cosas quedaba como borrosa, cual si estuviera otra vez ante mi vista el Maestro «con su sonrisa infantil y luminosa». Yo también añoré entonces, e hice viajar a mi imaginación por el éter de las remembranzas, poblado de miríficos panoramas. Alcancé a verle cuando, caído el periódico, y sin darme cuenta del lugar donde me hallaba, quise ver más allá de los hombres y de las cosas, tal como lo describía Urbina, cual lo había visto yo, aunque no ya en el estudio de un escultor, ni tratando sobre asuntos artísticos, sino en pleno apostolado, realizando su obra de creación, en el ingente «fiat» dirigido a un pueblo.

Siguiendo de ese modo fragmentario la obra realizada por el escritor, fuí sintiendo cada vez más unido a él por el doble lazo del afecto y la admiración, porque fuí descubriendo que al tratar de muchos problemas de distinto orden, mi espíritu hallaba eco robusto en su voz, porque los observábamos desde el mismo plano. Esa

identificación del discípulo con el maestro, de la cual pudiera decir, si no temiera no poder exponer con bastante claridad mi idea, para que no fuese tomada como una declaración inmodesta por mi parte, que llegó a formar un paralelismo de los sentimientos y los pensamientos de ambos, pronuncióse en aquel punto de contacto: el amor reverente al que fué honra de la América y gloria de Cuba.

De ese modo, sintiendo con él, pensando con él, noté muchas veces cómo al través de las filas de letras, mientras el pensamiento especulaba discretamente sobre los acontecimientos de la vida cubana, dejaba su espíritu el suave perfume de sus tristezas de desterrado, la flor de sus recuerdos a la patria agostada y desangrada, su constante y noble anhelo de mejicano pobre y errabundo, que tiene siempre puesto el oído en la dirección de la tierra hermosa que él ama con ternura, en espera del día venturoso en que las Euménides de la Tragedia se decidan a abandonarla.

Vile ascender a las cumbres del pensamiento, o bajar al arroyo, para llegar a los más nimios sucesos, y examinar, encontrándoles aspectos nuevos, los menos importantes, para hacer de ellas graciosas y discretas inferencias, y mostrar una

lección que, adornada por la magia de su léxico opulento y grácil, e iluminada por el foco de su cultura, pudiera ir a formar parte de un código de moral. De igual manera, ante una huelga, una fiesta religiosa, la muerte de un brujo popular, y en los mil otros infinitesimales actos que constituyen la existencia cotidiana de una ciudad, provincialmente apacible, como la capital de Cuba, fué mostrando que no hay asunto pequeño para los grandes del pensamiento. En esas crónicas, tejidas sobre el débil cañamazo de hechos insignificantes, fué realizándose la obra que ahora ha recopilado su autor. Son consideraciones, hondas unas, frívolas otras; pero siempre de enorme, insuperable amenidad, que han sido encadenadas dentro de las páginas de este libro, donde lucirá gallardamente el conjunto de la tarea realizada.

Comentó una vez sabrosamente el asunto de los uniformes, y fué la ocasión única en la que no estuve conforme con sus apreciaciones, porque dijo que cada grupo de hombres va pregonando, por su indumentaria, cuál es su oficio o cuáles sus aficiones. Estuve en desacuerdo con él porque, al describir el tipo del artista, dándole la acepción más lata a la palabra, de manera que comprendiese a todos los que de algún modo

sienten el arte o lo sirven, lo mismo los que poetizan el mármol, que los que fijan escenas y personas en los lienzos, que los que rinden culto a la música, o los que puramente son poetas, dijo de él que es un hombre que habla de Roma, que ve con indiferencia, siente con hastío y escucha con distracción. Ese tipo no es, en forma alguna, el de Urbina, el más ilustre artista, del que es orfebre del verso por temperamento, por sentimiento, por educación, por las aficiones y por el carácter.

Sí; Urbina no es del tipo moral que él quiso atribuir a los artistas. No siente con hastío, ni ve con indiferencia, ni escucha con distracción. En este libro le verá, quien lo lea, sentir intensamente, de una manera calurosa, que no se puede fingir; haciendo cálidas observaciones sobre cosas que no pueden haber sido vistas con indiferencia y recordando con el más sincero de los entusiasmos, el retrospectivo, que no es posible producir cuando se siente, se ve y se oye como él cree que lo hacen los artistas. Yo no sé, ni quiero saberlo, si a la mayoría de los artistas les cabe la clasificación que acerca de su sensibilidad ha hecho Urbina; sólo estoy cierto de que él es precisamente todo lo contrario, con lo cual dicho se está que se ha hecho su retrato moral.

El físico le conocen cuantos se hayan interesado por él. A mí me causa la impresión de un buen burgués egoísta, de rentas muy escasas, que se conforma con vegetar de lo que suda su pequeño capital y que no es útil a nadie, con su sonrisa y su imperturbable impasibilidad. Y, sin embargo, le tomo como ejemplo del grave yerro que comete el hombre cuando juzga a sus semejantes por su aspecto físico. Por el de Urbina, no se podría sospechar que es de un hombre de vida tan prolífica, cuya ternura de corazón y nobleza de pensamiento están constantemente asomadas al balcón de su gran obra literaria.

Acaso otros de sus libros sean más estimados que éste a los ojos de la crítica, más atentos a la forma que al fondo de las cosas; pero que no llegan, por eso mismo, á penetrar en el espíritu que anima todo trabajo literario, ni pueden transmitir al corazón los sentimientos que en ellos descubren; pero a mí se me antoja que en ningún otro de los de Urbina ha salido a la luz tanto del ser íntimo de su autor.

El contenido de este libro es obra esculpida a punto de pluma, al calor de la adversidad, cuando el corazón, sangrando por el infortunio nacional de Méjico y por la nostalgia de la tierra bienquerida, ha salido a cooperar más con

el cerebro, deseoso de esponjar un consuelo que cuantos escribimos andamos buscando siempre en nuestras horas amargas; el de las confidencias más o menos veladas de nuestras desgracias, hechas al azar, a nuestro público, entre el que sabemos que hay quienes con nosotros están unidos por corrientes invisibles de leal cariño. Es ése el sentimiento que hizo declarar a Mark Twain que nunca estuvo su corazón más aliviado del peso que sobre él había echado la muerte de su hija como después de haber escrito y publicado los detalles más íntimos de los últimos momentos de aquella que había sido el calor de sus días y la luz de sus noches.

El filósofo ginebrino Enrique Federico Amiel compuso su obra maestra durante las horas en que se sintió predispuesto a las confidencias. Y ello fué producto de un fenómeno que se observa en todas las obras de los hombres, las cuales son mejores cuanto más tienen de su «yo»; no de su «yo» pensante, sino de su «yo» sensible. Amiel fué escribiendo aquellas confesiones de su corazón, a diario, a medida que sentía la necesidad de hacerlas; pero las guardaba, se las hacía a sí mismo, era avaro de ellas, porque temía que fuesen conocidas, que otros las disfrutasen. No hubieran sido conocidas si, después

de muerto el filósofo, un amigo suyo, al descubrir su oculto tesoro, no lo revelara al mundo. Urbina ha superado a Amiel; temperamento más generoso, enemigo de ocultar sus obras o sus pensamientos, los va diciendo conforme vánse sucediendo en su mente, espontánea y fácilmente, en estos trabajos. Siguiéndole de continuo en sus crónicas, he observado en ellas cómo el caudal de sus amarguras de desterrado corría bajo las flores e irisaciones que a su fantasía arrancaba la actualidad de lo que le rodeaba, es decir, la actualidad cubana.

Y le he visto descubrir las horas alegres de nuestro pueblo, las luminosidades de nuestro sol, la hermosura de nuestras campiñas, la poesía de nuestro mar, la belleza de nuestras puestas de sol, el encanto de nuestras mujeres; mientras pensaba en las alegrías pretéritas de su pueblo convertidas hogaño en hondas tristezas, en la atmósfera brillante de su Méjico, en la gracia de sus garridas paisanas, en la bella altivez de las montañas de su país, en la delicia de su paradisiaco Chapultepec, en las bellezas panorámicas de su hermosa tierra mejicana.

Y esas confidencias del dolor que lleva clavado en el corazón, traslucidas más que leídas, en los capítulos que componen esta obra, formán-

doles una especie de nexo espiritual, los avaloran.

Y van las tristezas del expatriado unidas al cariño que siempre inspiró al bardo amigo de Martí nuestro país, hermano del suyo, unido a él por lazos muy fuertes en esas páginas pletóricas de enseñanzas, donde hallará deleite inefable el espíritu de quien los lea, porque están hechas en prosa toda luz, toda color, donde hasta las tristezas—permitaseme la paradoja—tienen aspecto de melancólica alegría y hay mucho del alegre pesimismo que parece ser síntesis de la personalidad de Urbina, temperamento apacible, cuyo destierro es una prueba de la locura que acomete a los pueblos en sus momentos de conmoción y trastorno, cuando lo olvidan todo, y no saben siquiera evitar que sus grandes glorias, las que los elevan y enaltecen ante la Humanidad y ante la historia, vayan paseando ante otros pueblos los efectos de la desventurada ofuscación que les impide respetarlas y ponerlas allí donde no pueda llegar la ola de fuego de los apasionamientos políticos.

En otros libros hallaránse, quizá, engarzadas, más preciadas gemas del joyel del Bardo; pero en éste, antójaseme que hay algo más íntimamente suyo. Por eso yo calificaría aquéllos di-

ciendo que son «el arte de Urbina» y a éste le llamaría «el corazón de Urbina».

Y ese corazón, un gran corazón, está palpitando bajo esta página: dóblala, lector, y goza contemplando el espectáculo que te ofrece, porque para fijar sus latidos ha puesto a su servicio a uno de los primeros cerebros de la América, que, leal y noble, hase dejado guiar por él, dando vida y color eterno a las sensaciones que ha experimentado el poeta en el lapso en que Cuba alcanzó el privilegio y el honor de tenerle por huésped.

VÍCTOR MUÑOZ

Habana, 1916.